



# Joaquín Araujo

Naturalista y comentarista medioambiental

“Considero de pésima educación que mis invitados no pregunten por los libros de mi biblioteca”

Los libros me enseñaron, desde la primera infancia, a no sentirme del todo bien si no estaban también ellos. Creo que la lección manaba de ellos mismos en mayor cuantía de la que aportaban mi abuela y mis padres. Todos leían, pero por alguna razón, que sólo imagino, los libros se abrazaron a mi causa y, por suerte, yo también a la de ellos.

Con desmedida precocidad exigí libros como regalo. Mi madre ha contado cien veces la anécdota de que mis “Reyes”, ya desde los 12 años, eran sólo libros. Por supuesto a petición propia. A partir de los 14 mis objetivos aturdían a los libreros, cuando se enteraban de mi edad. Leía entonces, por primera vez, a Camus, Kafka, He-

mejor paisaje y del escaso privilegio de una alta exclusividad. Tiene casi de todo para ella sola, esta biblioteca. Quiero decir que hemos podido dedicarle un edificio entero. No es pequeño el orgullo que siento y explicito al recordarle a cualquiera que se ponga a la distancia de mis palabras pronunciadas que aquello era una “tiná”, es decir, un corral de cabras. Sigo teniendo un rebaño pero mucho más pequeño, de ahí que ahora mis libros ocupen el lugar de chotos, cabras y estiércol. Pero con igual destino: fertilizar el porvenir.

Por si eso fuera poco, esta biblioteca es también mi despacho. Mi mesa de trabajo mira al suroeste y desde la misma contemplo, con sólo levan-

*“No he entrado jamás en un lugar con libros en el que lo primero, tras saludar si había alguien, no haya sido ir a comprobar de qué autores y títulos se trataba”.*

mingway, Papini y a Ortega y Gasset, García Lorca, Juan Ramón..., todo ello antes de la quinceña. Un año más tarde fundé una tertulia literaria y comencé a escribir diarios y poemas. Nunca me libré de los libros que me han librado de la insolencia del presente, tan analfabeto, cuando ya todos saben leer.

A lo largo de la mayor parte de los fines de semana de aquellos años finales del bachillerato, mi único empeño era gastar toda la paga en Claudio Moyano, es decir, en las librerías de viejo, principalmente, para adquirir libros baratos. Inolvidable los 32, y todos interesantes, que compré por 75 pesetas, un día de 1965, ya con 17 años...

Pronto no cupieron en una casa con cuatro hermanos, una abuela, servicio y progenitores.

Tan deliciosa maldición me acompaña desde entonces. A grandes rasgos no creo que haya pasado mucho más de tres días de mi vida sin al menos un nuevo libro en mis estanterías.

Por el nimio lado de la cantidad, me acompañan unos 12.000 y creciendo. Compró muchos pero me regalan más. Mi biblioteca en cualquier caso está partida en dos, como yo mismo, como siempre.

En mi casa, la de verdad, una de ellas goza del

tar la mirada del cuaderno en el que escribo estos recuerdos, uno de los mejores paisajes que conozco y de los que albergan mayor vivacidad.

La ayuda de mi hermana Cota ha puesto unos mínimos de rigor en las estanterías. Ya ha conseguido que unos 2.000 libros —la literatura no poética— estén organizada por países y autores, estos alfabéticamente. El resto de los temas, que son poco menos que todos los demás, apenas están agrupados.

La rara fortuna de estar casado con una licenciada en Arte y de que prácticamente todo nos interese, canaliza la inundación de mis dos bibliotecas. Porque son ya muchos los libros de historia, geografía, biografías y de grandes creadores los que se dan la mano con mis tres grandes apetencias. Dominan los temas vinculados con la Naturaleza y el Medio Ambiente. Tengo algo así como 5.000 libros de cuestiones vinculadas a la fauna, flora, viajes y enclaves concretos, así como libros clásicos de texto, por tanto, los que se estudian en las facultades de biología. Pero sumo los ensayos y la filosofía pura, que cada día me resultan más atractivos, prácticamente imprescindibles. Dejo para el final lo que fue el principio, la poesía. Leo poemas todos los días, salvo raras excepciones. Un millar de volúmenes lo demuestran, entre otras cosas porque es raro que no haya subrayados en todo lo que he leído.

*“La rara fortuna de estar casado con una licenciada en Arte y de que prácticamente todo nos interese, canaliza la inundación de mis dos bibliotecas. Porque son ya muchos los libros de historia, geografía, biografías y de grandes creadores los que se dan la mano con mis tres grandes apetencias”.*



De las ajenas tengo media docena de bibliotecas en la memoria. Las de la casa que tenía la familia Panero, los poetas, y los Maravall, los que incluían a un catedrático de historia y un ministro de educación. No menos la que en no poca medida cambió el rumbo básico de mi vida. Me refiero a la del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Sobre todo la de ornitología, que consulté a menudo en los últimos años 60 del siglo pasado.

La de la homónima institución, solo que en Londres, desbancó cualquier presupuesto anterior sobre las colecciones de libros vinculados a lo espontáneo.

Me llena de orgullo, más por haber dado allí un par de conferencias, que por las veces que he consultado algo, la mayor de nuestro país, la Biblioteca Nacional.

Como ellos en no poca medida me hicieron, yo les he hecho a los libros el homenaje del cuidado y de la compañía. Es más, no he entrado jamás en un lugar con libros en el que lo primero, tras saludar si había alguien, no haya sido ir a comprobar de qué autores y títulos se trataba. Hasta considero de pésima educación que no hagan lo mismo los demás al entrar en mis dos hogares, el extremeño y el de la capital. ■